

**Colección**  
**Cátedra Josefa Segovia nº 8**

María Toscazo Liria, Carlos Domínguez Morano,  
Silvia Bara Bancel, Nurya Martínez-Gayol Fernández,  
Felisa Elizondo Aragón, Berta Balaguer Vega,  
Ana M. Garrido Estrada, Berta Marco Stiefel,  
M. Antonia García de León Álvarez,  
Rufina Cárdenas Cárdenas, Myrna N. Torbay Khoury,  
Ana Gutiérrez Rodríguez, Pilar Fernández Padierna,  
María Conde Rivas

## **La mística con rostro de mujer**

Coordinado por  
M<sup>a</sup> del Carmen Azaustre Serrano



CITeS - Universidad de la Mística

**2018**

## PRESENTACIÓN

El libro que presentamos contiene las ponencias y talleres que se impartieron en el VIII curso de la *Cátedra Josefa Segovia* que tuvo por título *La mística con rostro de mujer* y se celebró en el *Centro Internacional Teresiano Sanjuanista* de Ávila del 2 al 4 de marzo de 2018.

En el desarrollo del curso, pudimos conocer y contemplar rostros de mujeres que se dejaron tocar por una experiencia intensa de Dios que las llevó a «implicarse» y a «complicarse» con otros en la tarea de dignificar y humanizar la vida desde Dios; mujeres que han tenido una «experiencia» personal del Amor y de la Sabiduría divina desbordante, y han escuchado en su interior las mismas palabras de Jesús: «Mujer, ¿por qué lloras?» (Jn 20,15), «¡Ánimo, soy yo, no temas!» (Mt 14,27), «Tu fe te ha salvado» (Mt 9,22), o también: «Mujer, a ti te digo, ¡levántate!» (Mc 5,41). Su encuentro con el Dios de la vida les movió, como le sucedió a la samaritana, a «dejar el cántaro junto al pozo» e ir más allá de lo que se esperaba de ellas por ser mujeres. Y, como la Magdalena, se han atrevido a proclamar de maneras bien diversas: «¡He visto al Señor y me ha dicho esto!» (Jn 20,18).

Copyright: Cátedra Josefa Segovia  
Apartado 139 – 05080 Ávila (España)  
Tel. 920 35 22 40 Fax 920 25 16 94  
E-Mail: [info@mistica.es](mailto:info@mistica.es)  
[www.mistica.es](http://www.mistica.es)

ISBN: 978-84-09-06933-0  
Depósito legal: AV 102-2018  
Impreso por Miján. Industrias Gráficas Abulenses S.L.  
Edited by CITEs – Universidad de la Mística

S. Bara Bancel, "Camino de amor: mística y acción según las beguinas", en M<sup>a</sup> del Carmen Azaustre Serrano (ed.), "La mística con rostro de mujer" (Col. Cátedra Josefa Segovia 8), Ávila: Universidad de la Mística, 2018, 87- 128.

## **CAMINO DE AMOR: MÍSTICA Y ACCIÓN SEGÚN LAS BEGUINAS**

*Silvia Bara Bancel*  
Universidad Pontificia de Comillas  
Madrid

### **1. INTRODUCCIÓN**

Todavía hoy ni en las clases de Historia de la Iglesia y aún menos en las de Historia de la Teología suelen figurar mujeres con algún aporte significativo. Sin embargo, cabe preguntarse, ¿acaso no hubo también discípulas de Jesús? ¿Y no fue María Magdalena la primera testigo de la resurrección, hasta el punto de ser considerada desde el siglo III como "apóstol de los apóstoles"? ¿Acaso no había mujeres diáconos en la Iglesia primitiva, como Febe (Rom 16,1), e incluso apóstoles, como Junia (Rom 16,7)? Y en los primeros siglos del cristianismo, ¿no hubo también mujeres que se entregaran a la vida cenobítica, que escribieran o anunciaran el evangelio? Nos suenan nombres de grandes figuras, como los Padres capadocios, Basilio y Gregorio de Nisa, pero ¿recordamos algo de su hermana Macrina? ¿O de las "madres del desierto", como Sinclética? ¿O de la monja viajera Egeria, que en 380 emprende viaje hacia Tierra Santa? ¿Alguien nos ha hablado alguna vez

del importante papel de las mujeres en la misión evangelizadora de San Bonifacio en Alemania, en el siglo VIII, con figuras como Santa Lioba y Santa Walburga? ¿Y del *Hortus Deliciarum*, enciclopedia ilustrada compuesta en el siglo XII por la abadesa del Monasterio de Hohenburg en Alsacia, Herrad de Landsberg? Podríamos seguir con los ejemplos... Hasta la aparición de las universidades, el saber se transmitía en los monasterios y era compartido tanto por varones como por mujeres. Pero lentamente, la imposibilidad de las mujeres de acceder a los centros de saber hará de ellas unas «iletradas», aunque tuviesen una buena formación fuera del ámbito académico.

Sin embargo, de los 34 doctores de la Iglesia, cuatro son mujeres: Hildegarda de Bingen, monja benedictina erudita y visionaria del siglo XII (proclamada por Benedicto XVI en 2012), Catalina de Siena, terciaria dominica italiana del siglo XIV y una de las primeras mujeres en ser incorporadas a la lista, junto con la gran Santa Teresa de Ávila, declaradas doctoras de la Iglesia en 1970 por Pablo VI. Por último, Teresita de Lisieux, monja carmelita, proclamada doctora en 1997 por Juan Pablo II. Cabe recordar que para recibir la designación de “doctor de la Iglesia”, además de una vida santa se tiene en cuenta el valor y la relevancia teológica y doctrinal de los escritos de la persona en cuestión. Y aunque sea un número de mujeres muy reducido, la Iglesia reconoce oficialmente que hubo algunas doctoras y maestras, y cabe esperar que este camino, iniciado en el siglo XX, se prolongue y se pongan en valor otras figuras de mujeres.

Pues a pesar de su «invisibilización», a lo largo de la historia y en la actualidad ha habido y sigue habiendo numerosas mujeres que se han arriesgado a emprender el “camino de amor” —en palabras de Matilde de Magdeburgo— y de seguimiento de Jesús, y han compartido su pasión y sus reflexiones, su oración y su acción, y lo han expresado con sus palabras, sus escritos y sus vidas, como lo hicieron en el siglo XIII las beguinas. ¿Quiénes fueron estas mujeres y cuál fue su original modo de vida?

Esta es la respuesta que daba una de ellas a un Maestro en Teología de la universidad de París:

«Vosotros dais lecciones, y nosotras elegimos.

Vosotros decís, y nosotras hacemos. [...]

Vosotros ilumináis, y nosotras ardemos.

Vosotros creéis, y nosotras sabemos.

Vosotros pedís, y nosotras tomamos.

Vosotros buscáis, y nosotras encontramos. [...]

Vosotros sembráis, y nosotras cosechamos.

Vosotros labráis, y nosotras descansamos. [...]

Vosotros producís sonido, y nosotras cantamos.

Vosotros cantáis, y nosotras danzamos.

Vosotros danzáis, y nosotras destacamos (nos elevamos, *nous saillons*).

Vosotros florecéis, nosotras fructificamos.

Vosotros probáis, nosotras saboreamos»<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Recogido en una colección de textos sobre beguinas, de la segunda mitad del siglo XIII, en el manuscrito de Berna Hs. 679, presentado por HILKA, A. (1927) p. 160. Es de agradecer que este erudito haya recopilado y transcrito numerosas fuentes antiguas sobre las beguinas. En adelante, todas las traducciones de las fuentes antiguas son nuestras.

Con cierto humor presenta esta beguina anónima la superioridad de una vida que incluye la experiencia y la práctica, entendida como deseo y sabiduría, como encuentro con Dios, canto, amor y danza. Y apunta a un conocimiento teórico-práctico y existencial, fruto de la contemplación y de la acción, que en el fondo va más allá del mero conocimiento adquirido en libros. Así, participando del anhelo de vida apostólica y de pobreza evangélica propios del siglo XIII, las beguinas constituyeron una forma de vida laical o «semi-religiosa» (célíbes sin pertenecer a una orden religiosa), de entrega a Dios en medio del mundo, desde una profunda vida de oración y una gran formación y, al mismo tiempo, el servicio a los más pobres.

A lo largo de estas líneas presentaremos, en primer lugar, el origen y el modo de vida de las beguinas, centrándonos especialmente en fuentes antiguas; buscaban el “auténtico amor”, vivir el “fino amor” a Dios y a la humanidad. En un segundo momento nos detendremos en el “camino de amor” hacia Dios que aparece en los textos de algunas beguinas significativas, como Matilde de Magdeburgo (ca. 1208-1282), Hadewijch de Amberes (ca. 1240) o Marguerite Porète (+1310).

## 2. LAS BEGUINAS, “AUTÉNTICAS AMANTES”. MODO DE VIDA<sup>2</sup>

Desde comienzos del siglo XIII van cristalizando nuevas formas de vida espiritual y religiosa, que

<sup>2</sup> Seguimos y resumimos aquí, en gran parte, nuestro estudio: BARA BANCEL, S. (2016) p. 51-91.

recogen las búsquedas de los nuevos tiempos: una vida apostólica, que conjuga acción y contemplación, en medio de las ciudades, caracterizada por la libertad de elección y la pobreza evangélica. Y hacen su aparición las Órdenes Mendicantes (franciscanos y dominicos, primero, y carmelitas y agustinos después), con el deseo de configurarse con Cristo y de imitar su vida, y su pobreza, tanto a nivel personal como institucional: sin admitir rentas, con una predicación itinerante y viviendo de la mendicidad. Pero también surgen nuevas formas de vida laicales, en muchas ocasiones apoyadas y promovidas por las nuevas Órdenes Mendicantes: *mujeres religiosas*, es decir, mujeres devotas, pero no encamionadas, entre las que se encontraban beatas, beguinas y reclusas; la Orden de Penitencia, formada por hombres y mujeres que viven en sus casas<sup>3</sup>, y las órdenes terceras mendicantes. Iniciado por el papa Inocencio III (papa de 1198 a 1216) y el IV Concilio de Letrán (1215), el movimiento penitencial busca ofrecer a los laicos formas de participación en la vida de la Iglesia, conformes al derecho canónico<sup>4</sup>. Por otro lado, ese mismo concilio había prohibido la creación de nuevas órdenes religiosas; todos los religiosos deberían adaptarse a una de las reglas ya existentes, lo cual no facilitará la integración eclesial de nuevas formas de vida como las beguinas.

<sup>3</sup> En 1289 el papa franciscano Nicolás IV, en su bula *Su pra montes*, reelabora la antigua regla de la llamada «Tercera Orden de Penitencia» de Italia, y les pone bajo el patronato de los franciscanos, aunque originariamente no dependieran de ellos. Cf. WEHRLI-JOHNS, M. (2011) p. 185.

<sup>4</sup> Cf. WEHRLI-JOHNS, M. (2011) p. 182.

### Origen de las beguinas

Para poder comprender quiénes fueron las beguinas, resulta interesante remontarse a sus orígenes y ver qué se entendía por 'beguina'. Uno de los primeros en emplear este término es el sacerdote, y después obispo y cardenal, Jaques de Vitry († 1240), amigo y defensor de las beguinas. Según explica, el término designa a mujeres devotas, que reciben diversos nombres en distintos países, todas ellas miembros de grupos laicales de carácter penitencial. Vitry menciona también las burlas y críticas que reciben, a pesar de su vida ejemplar, en medio del mundo:

« ¡Ésta quiere ser beguina! », como se las llama en Flandes y en Brabante, o *papelarda*, como se las llama en Francia, o bien *humiliata*, como se dice en Lombardía, o también *bizoke*, como se dice en Italia, o *coquennune*, como se dice en Alemania. Y así, riéndose de ellas y casi difamándolas, intentan disuadirlas de su santo propósito. Sin embargo, algunas veces, estas mujeres encuentran también a defensores: los varones sabios las alaban porque ellas se deleitan con los carbones ardientes de la palabra de Dios [...]. Por esto, estos mismos varones buenos preguntan: « ¿Por qué molestáis a estas mujeres? ¿Qué mal hacen? ¿Acaso no van a la iglesia con buenas ganas y no leen sus libros de salmos con asiduidad? ¿Acaso no veneran los sacramentos de la Iglesia y no hacen todo el día confesión de su fe o no obedecen serenamente a los preceptos de los sacerdotes? »<sup>5</sup>

<sup>5</sup> HILKA, A (1927) p. 163.

Otro testimonio muy temprano de la existencia de las beguinas se remonta a 1223, y menciona una transacción de tres beguinas recogida en el catastro de la ciudad de Colonia. Probablemente alude a un grupo pequeño de mujeres de origen acomodado, que vivían en su propia casa. Esta forma de vida fue seguramente introducida en Colonia por los dominicos, que se implantaron en la ciudad en 1221, pues es a ellos a quien aparece ligada la primera comunidad de beguinas de Colonia en 1230<sup>6</sup>. Y aunque las beguinas no dependían directamente de ninguna Orden, fueron promovidas y recibieron el apoyo de numerosos religiosos, como los cistercienses<sup>7</sup> y, especialmente, de las nuevas Órdenes Mendicantes, franciscanos y dominicos. Esta estrecha relación también encontró espacio en las burlas de los trovadores, como Jean de Condé, que ironizaba con la atracción de dominicos (los jacobinos, como se les llamaba en París) hacia las beguinas, pues «con frecuencia reciben pitanza de ellas»<sup>8</sup>. Por otro lado, este testimonio demuestra la libertad económica de las beguinas, que podían elegir a quién escuchar y, en cierto modo, pagar sus servicios.

Por su parte, algunas autoridades eclesiásticas aprobaron esta forma de vida. Entre 1231 y 1233, el mismo papa Gregorio XI dirigió a los obispos del Imperio varias bulas de protección en favor de las beguinas, permitiéndoles vivir en una comunidad, bajo la dirección de una Maestra, que ellas mismas

<sup>6</sup> Cf. WEHRLI-JOHNS (2011) p. 130.

<sup>7</sup> Cf. CIRLOT, V. - GARÍ, B. (1999) p. 16-17.

<sup>8</sup> Cf. HILKA, A. (1927) p. 168.

designaban. En 1233, también el sínodo de Maguncia se ocupa de la cuestión y recuerda que, aunque estas mujeres lleven un hábito y prometan continencia, no tienen una regla monástica aprobada; y se pide que vivan en sus casas, de sus propios bienes, pero se les prohíbe mendigar como los frailes<sup>9</sup>. Esta prohibición da a entender que, seguramente, algunas lo harían.

En Flandes y Brabante, tanto las autoridades religiosas como civiles se mostraron muy favorables hacia ellas. Uno de los documentos de aprobación de comunidades de beguinas más antiguo es el del Obispo de Lieja, Robert von Thorote (1240-1246), cuyo efecto se extendió a toda la diócesis<sup>10</sup>. Hay diversos factores que propiciaron el florecimiento de las beguinas en la región. Por un lado, la gran emigración hacia las ciudades dio lugar a un elevado número de mujeres solas y desprotegidas. Por otro lado, en los antiguos monasterios dobles, como los del Císter, no había más cabida para hermanas conversas, aquellas que no traían dote para mantenerse. Y, como hemos mencionado, el fervor religioso femenino era muy grande, imbuido por el deseo de vida evangélica y de pobreza apostólica. Por todo ello, muchas *mulieres religiosas* optaron por atender a los pobres y cuidar a enfermos viviendo en sus propias casas. Entre 1230 y 1240, en algunas ciudades las beguinas se comenzaron a agrupar y se fundaron hospitales, en los cuales había una superiora de las beguinas que atendían el hospital, aunque

<sup>9</sup> Cf. WEHRLI-JOHNS, M. (2011) p. 183.

<sup>10</sup> Cf. CHRIST, K. (1927) p. 185.

cada una viviera en su casa en cualquier parte de la ciudad (*universitas beghinarum*). Para promover una mejor organización y una vida más reglada, se van a crear los beguinajes o «patios de beguinas» (*cours de béguines*), recintos cerrados dotados de iglesia y, en muchas ocasiones, de hospital y cementerio, auténticas ciudades de mujeres en las que vivían varios centenares de beguinas. Parece que la iniciativa para tal proyecto urbanístico partió de los dominicos franceses, capellanes de la corte de Lille, que lograron el apoyo de las condesas de Flandes y de Hainaut<sup>11</sup>. Así, la condesa Juana de Constantinopla donó una gran extensión de terreno en Gante, importante centro industrial de tejido en Flandes, en donde se fundó un hospital, bajo el patrocinio de santa Isabel de Hungría, recién canonizada. Se ofrecía también alojamiento para beguinas pobres de manera gratuita, mientras que aquellas que tenían más recursos debían financiarse la casa. La administración del conjunto corría a cargo de una superiora, elegida por ellas (Maestra), y de un consejo de beguinas, bajo la dirección espiritual de los dominicos. Siguiendo este modelo, entre 1236 y 1245 se crearon grandes beguinajes en todas las ciudades con industria textil, pues su trabajo manual en este campo permitía el sustento económico del beguinaje, aunque también llegara a provocar conflictos con los gremios del sector. Sin embargo, la actividad textil no fue su única fuente de sustento: en Rotterdam el beguinaje se dedicó a la repostería, en Leiden y Breda a la enseñanza y, en Amsterdam, las beguinas se centra-

<sup>11</sup> Cf. WEHRLI-JOHNS, M. (2011) p. 183-184.

ron en cuidado de los enfermos<sup>12</sup>. En 1260, siguiendo el modelo de Gante, el rey de Francia, Luis IX, fundó también un beguinaje en París. De este modo, no sólo mujeres nobles y de la alta burguesía, sino también otras con menos recursos tuvieron la oportunidad de hacerse beguinas, ya que la vivienda y el sustento estaban garantizados.

Además de Flandes, Brabante y del norte de Francia, hubo beguinas en otros muchos lugares, especialmente en las grandes ciudades comerciales del llamado Sacro Imperio Romano Germánico, como Zurich, Estrasburgo o Colonia, donde llegarán a ser muy numerosas. Vivían en barrios en los que se hallaba algún convento de dominicos o franciscanos, pero no presentaban una organización centralizada, sino gran variedad de formas de vida, con estatutos diversos y un mayor o menor acento en lo comunitario. Podía tratarse de un grupo fundado por parte de algún benefactor o benefactora o una asociación libre entre mujeres, que vivían en sus casas o en pequeños grupos. Las Órdenes Mendicantes que las acompañaban imprimían también sus acentos propios. Así, los dominicos animaban a las beguinas al estudio y al trabajo manual, mientras que los franciscanos incidían en el ideal de la pobreza, y las invitaban a aceptar donativos en los entierros, por lo que las beguinas pobres se dedicaban a realizar los servicios funerarios. Y a partir de 1289, los franciscanos comienzan a integrar a las beguinas en su Tercera Orden de Penitencia, año en que el papa franciscano Nicolás IV aprueba esta regla, e invita a

<sup>12</sup> Cf. ELM, K. (1980) col. 1799.

las órdenes de penitencia a ampararse bajo ella. La estrecha relación entre las beguinas y las Órdenes Mendicantes supondrá a la larga una fuente de dificultades y de críticas del clero secular contra ellas. Esto se pone de manifiesto, por ejemplo, en la suerte que corrieron las beguinas y beguinos del sur de Francia, asociados a los franciscanos espirituales, que apreciaban a Pedro Olivi y su pensamiento apocalíptico. La bula del papa Juan XXII *Cum inter nomullos*, de 1312, en la que se declara herética la postura de la pobreza absoluta de Jesús, supondrá una persecución sistemática contra estos beguinos y beguinas (aunque profesaran la regla de la Tercera Orden de Penitencia franciscana), que serán considerados representantes de la herejía del «Libre Espiritu»<sup>13</sup>.

### Estilo de vida de las beguinas a partir de las fuentes antiguas

Hemos visto que el término «beguina» se refería a *mulieres religiosae* con diversidad de formas de vida: algunas vivían de manera independiente, como Margarita Porete, otras en grupos pequeños de dos o tres mujeres o en comunidades más grandes, y muchas de ellas, en grandes «beguinajes», (barrios enteros de casas y jardines en torno a una iglesia), en los Países Bajos y el Norte de Francia.

Una de sus características era la movilidad de vida y la ausencia de votos perpetuos. Así, entre las beguinas se encontraban mujeres que habían estado

<sup>13</sup> Cf. MANSELLI, R. (1980) col. 1801-1802.



casadas (como María de Oignies). Otras se formaron primero con las beguinas (como Beatriz de Nazaret), o vivieron largos años como tales (Matilde de Magdeburgo), pero terminaron haciendo profesión en un monasterio contemplativo. Y seguramente hubo beguinas que dejaron de serlo y se casaron después, como expresa con ironía el célebre juglar francés del siglo XIII, Rutebeuf (1230-ca 1285), que les dedica algunos de sus versos:

«Si una beguina se casa, es su género de vida,  
sus votos, su profesión, no son para toda su vida.

[...]

A veces es Marta, otras María;

a veces, se recluye, otras, se casa.

Pero no digáis si está bien o no:  
el rey no lo soportaría»<sup>14</sup>.

Además de mencionar el apoyo de la monarquía y la temporalidad de sus votos, Rutebeuf alude a la alternancia de papeles entre Marta y María. Era frecuente que las beguinas eligieran una superiora, a la que denominaban Marta, por estar al servicio de las demás. El resto de la comunidad se identificaba con María, la hermana de Lázaro, asimilada en la época a María Magdalena. Es muy probable además que, siguiendo el modelo de las Ordenes Mendicantes, las superiores lo fueran por un periodo de tiempo y no para toda la vida. Una «maestra» de beguinas fue Hadewijch de Amberes, que se sitúa en sus cartas como amiga, como hermana y como madre: «Ah, querida niña —escribe Hadewijch en su Carta

<sup>14</sup> Traducido del texto francés medieval ofrecido por HILKA, A. (1927) p. 167-168.

29—, me duele ver tu tristeza, tu decaimiento y tu pena. Te ruego insistentemente, te advierto, te aconsejo y te mando como una madre a su querida hija...»<sup>15</sup>.

No hay muchas fuentes antiguas que describan la vida beguinal, pero sí que contamos con algunos testimonios. Uno de los más significativos es la *Regla de los auténticos amantes (La règle des fins amans)*, el texto medieval más extenso sobre cómo se situaban y entendían su vida las beguinas. Fue redactado en francés antiguo, en la región parisienne o en alguna ciudad más al Norte, en Picardía, por un autor o autora anónima a finales del siglo XIII, hacia 1300<sup>16</sup>. Quien compuso la *Regla* estaba familiarizado con la literatura cortesana y también con la Escritura y los padres de la Iglesia. Bien pudo ser una beguina su autora, pues muchas de ellas contaban con una profunda formación teológica, además de experiencial, como traslucen los poemas y visio-nes de Hadewijch de Amberes, el libro de la «beguina clériga» Margerite Porete: *El espejo de las almas simples* o *La luz que fluye de la Divinidad* de Matilde de Magdeburgo. Y aunque esta última se excusa por su falta de formación, lo hace para resaltar que está expresando aquello que ha recibido directamente de Dios; esto es, para fundamentar su autoridad en Dios mismo<sup>17</sup>.

<sup>15</sup> Citado en CIRLOT, V. - GARÍ, B. (1999) p. 87.

<sup>16</sup> Fue transcrita y publicada con una introducción en 1927 por el historiador alemán Karl Christ. CHRIST, Karl.

<sup>17</sup> Cf. MATILDE DE MAGDEBURGO, *Luz que fluye de la Divinidad* (trad. de A. OTERO VILLENA). Barcelona: 2016 (abreviado como LFD libro y capítulo); aquí LFD III 1, p. 134.

Es más, nos consta que las beguinas leyeron y comentaron la Escritura, a pesar del escándalo que suponía para muchos clérigos, como expone el franciscano Gilberto de Tournai:

«Hay entre nosotros mujeres llamadas beguinas. A un cierto número de ellas les atraen las sutilidades del pensamiento y se complacen en las novedades. Han interpretado en lengua vulgar los misterios de las Escrituras. Las leen en común, con irreverencia, con audacia, en pequeñas asambleas, en los talleres y en plena calle. Yo personalmente he visto, leído y tenido entre mis manos la Biblia en lengua vulgar».<sup>18</sup>

El aprecio y utilización de las lenguas vernáculas se pone de manifiesto en sus obras, y también en su *Regla de los auténticos amantes*, en las que se abandona el latín para expresar su vivencia espiritual. Y, además de emplear la tradición teológica anterior, especialmente la mística del amor de la escuela cisterciense y los Comentarios al Cantar de los Cantares, las beguinas se sirven de los modelos de la literatura amorosa laica trovadoresca: del amor cortés.

La *Regla de los auténticos amantes* presenta un valor extraordinario para el estudio de las beguinas, pues explicita la actitud interior y el significado espiritual de ser beguina, verdadera amante de Jesucristo, el «abad de los amantes». Y demuestra cómo entendían las beguinas su peculiar estilo de vida: son religiosas de «la Orden de los auténticos

amantes»<sup>19</sup>. Explica qué se entiende por «auténtico amor» o «fino amor»:

«Se llama 'auténtico amante' (*fin amant*) a aquél o aquella que ama a Dios con autenticidad (*finement*). Cuando se quiere alabar una copa de oro, se dice que es de oro fino [auténtico]. Es decir, que la copa es totalmente pura de oro, y de oro fino. Así quiere Jesucristo ser amado por nosotros, con autenticidad (*finement*). Es decir, puramente, y de todo corazón y con todas nuestras fuerzas y con toda nuestra virtud. ¡Y es una maravilla! Así nos amó él. Nos mostró amor de corazón. Es como si os dijese: "no puedo hablar, pero te he abierto mi pecho. Hermoso y dulce hijo, bella y dulce hija, pon tu mano en mi pecho, ¡toma mi corazón!, pues es tuyo". Esta gran bondad no la debemos olvidar».<sup>20</sup>

La *Regla* prosigue redundando en la invitación a devolver amor ante Aquél que tanto amó a la humanidad. Y señala los doce signos por los cuales se pueden conocer a los verdaderos amantes: 1º «odiar aquello que odia su Amigo: el pecado»; 2º «guardar los mandamientos de su Amigo»; 3º «descubrir con frecuencia el corazón a su Amigo»; 4º «amar lealmente»; 5º «pensar con frecuencia y atentamente en su Amigo»; 6º «escuchar con gusto la palabra de su Amigo»; 7º «pedir atentamente

<sup>19</sup> En dos ocasiones se dice explícitamente: «La orden de los auténticos amantes es ser beguina». Cf. *La Règle des fins amans*, CHRIST, K. (1927) p. 193 y 196.

<sup>20</sup> *La Règle des fins amans*, CHRIST, K. (1927) p. 192. Hemos optado por el término 'auténtico' y 'autenticidad' para traducir 'fin' y 'finement' porque en castellano «fino amor» no se entendería de manera inmediata.

<sup>18</sup> Citado en CIRLOT, V. - GARÍ, B. (1999) p. 24.

noticias de su Amigo»; 8° «ir frecuentemente y de buen grado allí donde se encuentra su Amigo»; 9° «enviar con frecuencia joyas y bellos dones a su Amigo»; 10° «recibir devotamente las joyas que su Amigo envía: y estas son pobreza, privaciones, enfermedades y tribulaciones»; 11° «dolerse por la desgracia de su amigo»; 12° «estar dispuestos a hacer todo aquello que quiere y manda el Amigo, con [todo] corazón, cuerpo y haber». Las beguinas, explica la *Regla*, poseen estos signos «más verdaderamente que otras personas, pues los tienen espiritualmente» y más firmemente, pues «pertenecen a la Orden de los amantes, como lo fue la Magdalena, a quien tan ardientemente amó Jesucristo. Y, por eso, recibirán las doce alegrías que Dios entrega a sus amigos y amigas»<sup>21</sup>. Entre estas alegrías se encuentra el llegar a «ser amigas íntimas de Jesucristo»; recibir sus visitas frecuentes; ser iluminadas por la gracia de Dios; «ser hijas de Dios pues, como dice San Juan, “Quién ama a Dios es hijo de Dios”». También se saben herederas del Reino de Dios, con la certeza de su amor, porque aman a Dios y no perderán ese amor y serán «dignas de su misericordia». Pues a pesar de las dificultades, «sean ricas o pobres, hagan lo que hagan, con excepción del pecado, Dios se lo torna en provecho. Pues así lo testimonia San Pablo cuando dice: “A aquellas que aman a Dios, todo se les vuelve provecho” (cf. Rom 8,28)»<sup>22</sup>.

<sup>21</sup> *La Règle des fins amans*, CHRIST, K. (1927) p. 193.

<sup>22</sup> *La Règle des fins amans*, CHRIST, K. (1927) p. 194-195.

La *Regla* ofrece una etimología del nombre «beguina», y señala que «beguina» viene del latín «*benigne*» (*benignae*), es decir, «buen fuego»: las beguinas son estos fuegos buenos, que iluminan a los que están lejos, por su testimonio de vida, y que calientan a los de cerca, por el fervor de su amor a Jesucristo y el calor de la presencia del Espíritu Santo en ellas, que por su castidad son templo del Espíritu<sup>23</sup>. Explica además «porque son llamadas beguinas», por el nombre de «su padre», su fundador, un tal «Jehans li beguins» de Lieja, aunque «su nombre correcto es el de religiosas de Nuestro Señor», «que murió por amor, para darnos vida». Es probable que aquí se estén refiriendo a Juan de Nivelles (†1233), de Lieja, uno de los Canónigos de San Agustín de Lieja y amigo de María de Oignies. Sin embargo, según escribió el cisterciense Egidio de Orval hacia 1250, el fundador de las beguinas, y el que les dio el nombre, se remontaría al sacerdote Lambert li Begues (†hacia 1177), también de Lieja. Pero este testimonio no es suficiente para corroborar el origen de las beguinas, ni de su nombre. Otros autores de la época indican que la razón de tal nombre es desconocida, como escribe el benedictino Mateo de París en 1243<sup>24</sup>.

Como «toda religión», es decir, toda orden religiosa, «la Orden de los auténticos amantes debe estar fundada sobre cuatro pilares», —explica la *Regla*—: la pureza, para tener «al Rey como amigo»

<sup>23</sup> Cf. *La Règle des fins amans*, CHRIST, K. (1927) p. 196; y la introducción p. 190.

<sup>24</sup> Cf. CHRIST, K. (1927) p. 190-191.

y ser «la propia imagen de Jesucristo»; la pobreza, que «permite discernir un verdadero amor»; la humildad, «propia de las vírgenes» y característica de la Virgen María, designada como «abadesa del convento del paraíso»; Y, por último, la caridad o el amor, pilar que «lo sostiene todo» y hace que todas las cosas, por difíciles que parezcan, se vivan desde el amor como algo ligero y deleitable<sup>25</sup>.

Aunque la regla apenas emplea un lenguaje normativo, en una sección sí señala ciertos mandamientos. Lo primero que se ordena «en la obediencia de santa caridad, por la virtud del amor» es «que los corazones se hallen firmes y unidos los unos con los otros, en el amor de Jesucristo»<sup>26</sup>, es decir, como en el comienzo de la Regla de San Agustín, se busca la unanimidad, con un solo corazón orientado hacia Dios. Y a continuación se pide que «las religiosas vivan del consejo de un hombre bueno (*prudomme*), sabio, seguro y probado, a quien dirán sus pecados y sus pesares y con quien compartirán sus dudas, brevemente, sin demasiada familiaridad ni intimidad»<sup>27</sup>. Y más adelante se señala que es suficiente confesarse cada quince días, a no ser que se tenga una razón de peso para que convenga confesarse antes de este plazo<sup>28</sup>.

La práctica confesional y el acompañamiento espiritual del confesor, por tanto, formaban parte de

<sup>25</sup> *La Règle des fins amans*, CHRIST, K. (1927) p. 197-199.

<sup>26</sup> *La Règle des fins amans*, CHRIST, K. (1927) p. 199.

<sup>27</sup> *La Règle des fins amans*, CHRIST, K. (1927) p. 199.

<sup>28</sup> *La Règle des fins amans*, CHRIST, K. (1927) p. 200.

la vida de las beguinas y de otras *mulieres religiosae*. Sin embargo, en muchas ocasiones, los roles terminaban por invertirse, y eran los sacerdotes los que buscaban su consejo y terminaban por hacerse admiradores y discípulos suyos, como el caso del sacerdote Jacques de Vitry y la beguina Marie de Oignies. Y con frecuencia serán también ellos los que pongan por escrito sus vidas y sus «revelaciones», la experiencia interior de estas mujeres, como sucede con Matilde de Magdeburgo y el dominico Enrique de Halle.

Es interesante que la *Regla* indica explícitamente que no está prohibido «distraerse y festejar», ni tampoco «honrar y amar a las buenas personas», ya que «todo eso se puede hacer con Dios», siempre que no sea causa de escándalo<sup>29</sup>. Y, por supuesto, sostiene que se ha de evitar toda ocasión de pecado, y recomienda vivir en compañía de buenas personas. Y a continuación prescribe que «ninguna religiosa salga sin el permiso de su superiora (*souveraine*), ni sin compañía, ni sin hábito honrado», una capa con capucha, un manto grande, o un velo que cubra la cabeza, la espalda y el pecho. Si se lleva velo, ha de ser blanco, de tejido humilde, sin bordados. El vestido ha de ser amplio, de manga larga, siguiendo «la manera de vestir común» de las mujeres del pueblo, es decir, ha de ser «ligero, honrado y práctico»<sup>30</sup> y de colores comunes, gris, marrón, o azul oscuro.

<sup>29</sup> Cf. *La Règle des fins amans*, CHRIST, K. (1927) p. 200.

<sup>30</sup> Cf. *La Règle des fins amans*, CHRIST, K. (1927) p. 200.

Así, por un lado, queda claro que las beguinas debían obediencia a una superiora y, por otro, se indican unas orientaciones generales para la manera de vestir, de manera sencilla y con la cabeza cubierta por un velo blanco y por encima un manto o capa oscuros, que será una característica de las beguinas a lo largo de los siglos.

Un aspecto que ocupa bastante espacio en la *Regla de los auténticos amantes* es la oración personal (*orison*). Por un lado, se invita a «permanecer voluntaria y largamente en oración y a escuchar con frecuencia sermones; pues así se alimenta el alma»<sup>31</sup>. Por otro lado, se señalan dos momentos adecuados para la oración personal: primero, por la mañana, «después de maitines, para conformar y ordenar lo que se va a vivir, y guardarlo a lo largo del día» y también por la noche, «después de completas», para rememorar lo vivido.

Uno de los elementos más interesantes de la *Regla de los auténticos amantes* es que contiene un testimonio del voto de obediencia que profesaba la beguina o el beguino ante su padre o madre espiritual. Es llamativo que la *Regla* emplea explícitamente ambos géneros y designa así la descripción: «El modo habitual (*ordinaires*) del padre y de la madre y del hijo o de la hija espiritual, que requiere que sean sus padres». Es decir, podía haber tanto «padres» como «madres espirituales» y quizá se trate aquí también de la promesa de obediencia de las beguinas a su Maestra. Traducimos el texto completo, que presenta similitudes con la fórmula de profesión

<sup>31</sup> *La Règle des fins amans*, CHRIST, K. (1927) p. 200.

propia de la Orden dominicana, y su único voto de obediencia en manos del prior o de la priora:

«[El hijo o la hija espiritual] debe decir así:

—Señor, os pido por Dios que seáis mi padre [o mi madre]<sup>32</sup> en Dios.

El padre [o la madre]: —¿Por qué lo pedís?

La hija: —Señor, porque quiero dejar el amor del mundo y adquirir el amor de Nuestro Señor Jesucristo. Sí, confío en que sus oraciones y sus beneficios me pueden ayudar.

El padre: —¿Queréis dejar entonces todo amor carnal para conquistar el amor de Nuestro Señor Jesucristo?

La hija: —Sí, Señor, es lo que deseo, si Él me quiere conceder la gracia y el poder [para hacerlo].

El padre: —¡Que nuestro Señor Jesucristo, por su bondad y su misericordia y por su cortesía y por las oraciones de su dulce madre, la virgen María, os lo quiera otorgar!

La hija: —Amén.

Después el padre [o la madre] ha de preguntar por consejo de quién pide lo que pide, si tiene otro padre, y si quiere vivir del consejo de la Santa Iglesia, y después, si desea llegar a ser su padre [o madre], se ha de decir así:

—¿Cuál es su nombre?

La hija: —María, señor.

El padre [o la madre]: —María, ¿queréis ser mi hija en Dios?

<sup>32</sup> El original emplea el plural *peres* y no el singular, para incluir padre y madre.

La hija: -Sí, señor. Os lo pido por Dios.

El padre [o la madre]: -María, ¿queréis obedecer aquello que os mande para la salvación de vuestra alma y para adquirir el amor de Jesucristo?

La hija: -Sí señor, todo lo que pueda.

Entonces debe el padre [o la madre] tomar sus manos directamente, sin que nada las envuelva, y decir así:

-María, os recibo como hija de Dios y os acompaño con todos mis beneficios y todas mis oraciones, para que los compartáis conmigo como mi hija espiritual.

La hija: -Señor, ¡que Dios os lo tenga en cuenta! Yo os recibo como padre en Dios y os acompaño con mis oraciones y todos mis beneficios, y os concedo que los compartáis conmigo como mi padre espiritual.

El padre: -Querida hija en Dios, nuestro Señor Jesucristo, por su gracia, nos otorgue ayudarnos mutuamente para llegar a su amor y seamos dignos de su compañía en la gloria perdurable.

La hija: -Amén»<sup>33</sup>.

Son muy hermosos los detalles de reciprocidad en las oraciones, en el deseo de crecer en el amor a Jesucristo, y que se señale la libertad de ambos en aceptar este vínculo, tanto de la hija espiritual como de su padre o su madre espiritual. Por último, el texto no absolutiza esta fórmula, y se señala al final que esto es lo que hace «tal convento», pero «si se

sabe enmendar, que se haga, pero que sea en Dios»<sup>34</sup>.

La *Regla* aborda también el tema de la persecución por causa de la justicia que sufren los que aman a Dios, en alusión a las bienaventuranzas. Pues «el amor de Dios y el amor del mundo son contrarios», y «los que son amados por Dios, son odiados por el mundo». Y retoma diversos textos evangélicos para alentar y recordar que no se ha de temer a los que dañan el cuerpo, sino tener confianza en Jesús, que ha vencido al mundo<sup>35</sup>. Seguramente en tiempos de la redacción de esta regla (hacia 1300), las beguinas padecían ya burlas, críticas e incomprendiones, y por ello buscan darle un sentido apoyadas en el evangelio.

Aunque la *Regla de los auténticos amantes* no mencione las actividades concretas de las beguinas, no podemos dejar de aludir a la combinación entre oración y trabajo al servicio de los necesitados que caracterizaba el estilo de vida de las beguinas. Así, su anhelo por conocer y seguir de cerca a su «Amigo íntimo», Jesús, las llevó a encontrarse con Él allí donde se hallaban los hambrientos, los enfermos, los desnudos, «los más pequeños», según las palabras de Jesús sobre el juicio final (cf. Mt 25, 35-40). Así lo expresaba uno de los ejemplos recogidos en una colección de textos sobre las beguinas para ser utilizados en algún sermón, de la segunda mitad del siglo XIII:

<sup>34</sup> *La Règle des fins amans*, CHRIST, K. (1927) p. 203.

<sup>35</sup> Cf. *La Règle des fins amans*, CHRIST, K. (1927) p. 203-205.

<sup>33</sup> *La Règle des fins amans*, CHRIST, K. (1927) p. 202-203.

- «1. Si [algún pobre] me pidiera, yo le daría.
2. Si estuviera en dolor, yo lloraría con él.
3. Si estuviera desconsolado, yo lo confortaría.
4. Si no pudiera moverse, yo lo llevaría.
5. Si estuviera ciego, yo lo conduciría.
6. Si tuviera hambre, yo lo saciaría.
7. Si estuviera desnudo, yo lo vestiría.
8. Si tuviera frío, yo lo calentaría.
9. Si estuviera de camino, yo lo alojaría»<sup>36</sup>.

Así pues, las beguinas trataron de responder a las necesidades de tantas personas empobrecidas que buscaban refugio en las ciudades, especialmente a partir de finales del siglo XIII, a causa de las grandes hambrunas, las inundaciones, las guerras y las enfermedades que asolaron Europa, como la lepra o la peste negra. Así, las beguinas asumieron el cuidado de enfermos, mujeres necesitadas y ancianos y crearon enfermerías y hospitales. Pero las beguinas no sólo se ocupaban de las personas que llegaban a sus hospitales, también salían a atender a personas necesitadas de la ciudad. Se dedicaban al acompañamiento en la enfermedad y la muerte, a la oración por los difuntos y también a sus funerales. Pero también hay numerosos testimonios de su actividad como educadoras, además de la dedicación a la manufactura textil<sup>37</sup>.

### Persecución y declive

Las beguinas no nacieron al margen de la institución eclesial, sino en medio de ella, y con el apoyo y la

<sup>36</sup> HILKA, A. (1927) p. 160-161.  
<sup>37</sup> Cf. SIMON, W. (2001) p. 61-87.

‘bendición’ de sus autoridades. Se insertaron en su contexto, en una sociedad de ‘cristiandad’, donde la religión tenía un papel central en la vida de las personas. Sin embargo, su forma de vida en medio del mundo, su independencia y su autoridad y libertad interior, fundamentada en la experiencia de Dios en primera persona, terminará generando malestar en muchos clérigos y teólogos<sup>38</sup>.

El obispo Bruno de Olmütz († 1281), en un informe que dirige al Papa en 1273, afirma, por ejemplo, que estas mujeres «se sustraen por igual a la obediencia a los clérigos y a las obligaciones del yugo matrimonial y no se dejan sujetar por las reglas de una orden», por lo que sugiere «hacer de ellas esposas o meterlas en una orden aceptada»<sup>39</sup>. Con el tiempo, aparece una tensión y una crítica creciente hacia ellas, que pasan de ser ejemplos de piedad en los sermones y la literatura religiosa de finales del siglo XII y principios del XIII, a ser consideradas sospechosas de herejía en el siglo XIV. Un factor agravante para su desaprobación fue la estrecha vinculación de las beguinas con las Órdenes Mendicantes, que a su vez perdieron apoyos por parte de las autoridades eclesiales a lo largo del siglo XIV, y recibieron agrias críticas por parte del clero secular. Y como culmen de este proceso nos encontramos con la condena, en 1310, de la beguina Marguerite Porete por no querer retractarse de su libro *Miroir des âmes simples et anéanties*, libro de gran hondura

<sup>38</sup> Cf. STABLER MILLER, T. (2007) p. 60-86.

<sup>39</sup> Citado en CIRLOT, V. - GARÍ, B. (1999) p. 24; y SIMON, W. (2001) p. 73.

ra, que presenta en forma de diálogos un itinerario hacia la unión con Dios, y que fue aprobado por tres grandes Maestros de la Universidad de París. La beguina permaneció en silencio y no quiso hacer juramento ante el tribunal de la Inquisición, y fue quemada, junto con su libro, en el corazón de París, el 1 de junio de 1310<sup>40</sup>.

Tras este trágico acontecimiento, el decreto *Cum de quibusdam mulieribus* del Concilio de Vienne (1311-1312) condena a todas las beguinas:

«Las mujeres comúnmente llamadas beguinas, como no prometen obediencia a nadie, no renuncian a sus posesiones, ni profesan regla aprobada alguna, no son ciertamente 'religiosas', aunque lleven el hábito de las beguinas, y se asocien a ciertos religiosos, hacia los que sienten una inclinación particular. Hemos escuchado fuentes de confianza que han relatado que algunas beguinas, conducidas casi por cierta locura, argumentan y predicán sobre la Santísima Trinidad y la esencia divina, y expresan opiniones contrarias a la fe católica sobre artículos de fe y los sacramentos de la Iglesia. Tales beguinas atrapan así a mucha gente sencilla y les conducen a varios errores. Generan muchos otros peligros para las almas, bajo su capa de santidad. Hemos recibido con frecuencia informes desfavorables sobre su enseñaanza y con justicia las consideramos bajo sospecha.

<sup>40</sup> Para el proceso de Marguerite Porete y su *Miroir* y el proceso, ver la introducción de Blanca Garí de su edición de MARGARITA PORETE. *El espejo de las almas simples*. Madrid: 2005, p. 11-15.

Con la aprobación del Sagrado Concilio, prohibimos perpetuamente su modo de vida y lo eliminamos completamente de la Iglesia de Dios. Ordenamos expresamente a esas y otras mujeres semejantes, bajo pena de excomunión, en la que incurrirían de manera automática si actuaran de otro modo, que no sigan ese sendero de vida bajo ninguna forma, lo hayan adoptado hace tiempo o recientemente. Y bajo la misma pena prohibimos estrictamente a los religiosos mencionados más arriba, de los que se dice haber favorecido a esas mujeres y haberlas persuadido para adoptar la forma de vida beguinal, que den consejo alguno, ayuden o favorezcan a las mujeres que han abrazado esa forma de vida, o tengan intención de abrazarla, sin que se pueda alegar a lo anteriormente dicho privilegio alguno.

Con esta disposición no intentamos prohibir a las mujeres de fe que, con promesa de continencia o sin ella, vivan honestamente en sus alojamientos (*hospitiis*), quieran hacer penitencia y servir al Dios de las virtudes en un espíritu de humildad; es lícito para ellas, ya que el Señor se lo ha inspirado así<sup>41</sup>.

Desconocemos la versión original del Concilio, pero tras el mismo, el papa Clemente V decidió revisar los decretos y publicó otra versión de estos en 1314 y falleció poco después. Pero hasta el 25 de octubre de 1317, con el nuevo papa Juan XXII, (el mismo que condenó al Maestro Eckhart), no se

<sup>41</sup> Traducido consultando Documenta Catholica Omnia: *1311 Concilium Viennense*. En [http://www.documentacatholicaomnia.eu/01\\_10\\_1311-1311-Concilium\\_Viennense.html](http://www.documentacatholicaomnia.eu/01_10_1311-1311-Concilium_Viennense.html) (6 de junio 2016).



difundieron los decretos y constituciones conciliares; y lo hicieron bajo el nombre de 'Clementinas'. Parece ser que la versión original del Concilio no condenaba a las beguinas, ni las acusaba de la herejía del Libre Espíritu<sup>42</sup>.

La recepción de las Clementinas dependió de circunstancias diversas. Así, en Francia y en Bélgica se consideró que estos decretos no se dirigían a las beguinas que vivían en los grandes beguinajes, y éstas se mantuvieron, aunque se tendió a cambiarles el nombre, y a referirse a ellas como «buenas mujeres» (*bonnes femmes*)<sup>43</sup>. Sin embargo, según Robert Lerner, tras la publicación de esta Bula, junto con la condena de la herejía del Libre Espíritu, las beguinas padecerán un hostigamiento periódico por parte de las autoridades eclesiales. Los procesos inquisitoriales contra begardos y beguinas se suceden: Metz 1334, Magdeburgo 1336, París 1365, Estrasburgo 1374, etc. En la segunda mitad del siglo XIV, las beguinas van a ser perseguidas, no tanto por ser sospechosas de herejía, sino por vivir una vida mendicante no aprobada. Este acoso llegó a afectar a las terciarias franciscanas, lo que provocó la reacción del Papa Gregorio XI; en dos bulas sucesivas (1374 y 1377) pide que se proteja a los *pauperes* ortodoxos y que los inquisidores no molesten a aquellos hombres y mujeres pobres que mendigan según los consejos evangélicos<sup>44</sup>. Investigaciones recientes señalan que la persecución contra las

<sup>42</sup> Cf. WHERLI-JOHNS, M. (2011) p. 185.

<sup>43</sup> Cf. STABLER MILLER, T. (2007) p. 84.

<sup>44</sup> Cf. LERNER, R. (1972) p. 45, 99, 104 y 105.

beguinas no fue tan radical y también hubo apoyos a las beguinas por parte de las autoridades eclesiales e incluso la creación de nuevos beguinajes después de las Clementinas<sup>45</sup>.

En todo caso, a lo largo de los años se produjo una progresiva institucionalización de las comunidades de beguinas, y muchas adoptarán la regla de la Tercera Orden Franciscana o se convertirán en monjas de otras órdenes reconocidas (y enclaustradas). En muchos casos asumieron la regla de San Agustín, y se hicieron dominicas o agustinas, e incluso benedictinas y, más tarde, algunas asumieron la regla carmelitana. Y con la llegada de la *Devotio Moderna*, también se hicieron Hermanas de la Vida Común. Sin embargo, algunas beguinas pudieron proseguir su estilo de vida en Bélgica hasta nuestros días.

### 3. EL CAMINO DE AMOR HACIA DIOS, SEGÚN LAS BEGUINAS

Una vez presentados el origen y el estilo de vida de las beguinas, podemos recorrer algunos de sus textos, para descubrir también cómo entendieron su experiencia de Dios, su itinerario de amor y de unión con Él. Pues las beguinas fueron muy activas literariamente y nos han dejado obras bellísimas, que compusieron en sus lenguas vernáculos (alemán, francés o neerlandés).

Para hablar de su encuentro con Dios, las beguinas, y en particular Matilde de Magdeburgo, van

<sup>45</sup> Cf. VOIGT, J. (2012) p. 51-68.

a emplear la metáfora del amor y también las formas literarias del amor cortés, un amor que siempre es fugaz y paradójico: aluden al “toque profundo de amor” –Hadewijch<sup>46</sup>–, al “verdadero saludo de Dios” –Matilde de Magdeburgo (LFD I 2, p. 71)– o a un “beso”, donde «el excelso príncipe y la humilde sirvienta se abrazan», pues él «está enfermo de amor por ella» (LFD I 4, p. 74). A continuación, vamos a esbozar el “camino de amor” (*minne weg*) hacia Dios descrito por Matilde de Magdeburgo en su libro *Luz que fluye de la Divinidad*, enriqueciéndolo con textos de las otras dos beguinas de la época, Hadewijch de Amberes y Marguerite Porète.

Matilde pone en boca de Dios la siguiente invitación: «El deseo de tu corazón no lo debes poner en ningún otro lugar, sino en mi corazón divino y en mi pecho humano. Sólo allí serás consolada y serás besada con mi espíritu» (LFD I 43, p. 91). Y es lo que caracteriza a Matilde de Magdeburgo, orientar todo su deseo hacia Dios, deseo que le hace ponerse en camino, como respuesta a esa “herida de amor”. Exclama:

«Todo aquel que fue una vez  
herido por el amor verdadero,  
ya nunca se curará del todo  
a menos que vuelva a besar la boca  
que dejó su alma herida» (LFD II 15, p. 112-113).

<sup>46</sup> HADEWIJCH DE AMBERES, *Poema XIX* (1999) p.108.

“Alma amante, ¿Quieres saber cómo será tu camino?”

Ésta es la pregunta que el Espíritu Santo plantea al alma en la descripción alegórica del camino hacia la unión con Dios que ofrece el capítulo 44 del libro primero de la *Luz que fluye de la Divinidad*.

Adentrarse en este camino de amor vale la pena y conlleva un dinamismo, ponerse en movimiento por el deseo de amor. Pero no es un camino fácil, implica convertirse, dejar muchas cosas y, sobre todo, lo propio, la propia voluntad, lo cual supone esfuerzo y dificultades.

Sin embargo, es el mismo Amado quien da las fuerzas, como explica, por su parte, Hadewijch de Amberes:

«Quien por la senda del amor se adentra, [...] del mismo Amor recibirá la fuerza que le falta y el fruto de su deseo. Pues amor jamás puede rechazar a quien le ama; da más de lo que se espera».

(HADEWIJCH, *Poema VI* (1999), p. 68).

En el relato de Matilde de Magdeburgo, tras estos primeros pasos, el alma amante está cansada y clama a su amado. Y éste responde: «Ahora estoy conmovido, ¡tengo que ir a su encuentro! Ella es aquella que sufre a la vez dolor y amor» (LFD I 44, p. 92). En otro lugar, Matilde expresa de manera narrativa esa experiencia de sufrimiento, pues hacemos semejantes a la persona amada, al Señor, para encontrarle, supone atravesar numerosas batallas:

«Esto dijo Nuestro Señor a una persona: 'Dame todo lo que es tuyo, entonces te daré todo lo que es mío'. La restitución de amor que realizamos para Dios es muy dulce. La restitución de las fatigas es, por desgracia, con mucha frecuencia difícil. [...] Pero] el amor endulza el sufrimiento más de lo que es posible decir y, si queremos ser semejantes a Dios, debemos vencer muchas batallas» (LFD VI 45, p. 377-378).

El camino del amor supone, por tanto, una decisión y una acción, cultivar las virtudes, tratar de conformarse y hacerse semejantes al amado. Matilde lo expresa de manera metafórica. Los cinco sentidos, "siervos del alma", le indican que ha de prepararse pues «el Príncipe quiere venir en medio del rocío y del hermoso canto del pájaro a nuestro encuentro». Por ello ha de vestirse "con la camisa de suave humildad", con el "vestido blanco de transparente castidad" y con el manto de la buena reputación fruto de las virtudes. Y aprender a danzar con la fe de Abraham, el anhelo de los profetas, la humildad de María, y todas las virtudes de Jesucristo, y toda la bondad de sus elegidos. Y prosigue el relato alegórico de Matilde de Magdeburgo:

«...Así da comienzo un hermoso baile de alabanza.

Entonces llega el muchacho y le dice: "Doncella, seguid bailando tan bien como os han mostrado mis elegidos".

Ella le dice: "No puedo bailar, Señor, si tú no me conduces. Si quieres que salte con fuerza, tendrás que cantar primero. Entonces saltaré al amor, del amor al conocimiento, del

conocimiento al gozo y del gozo saltaré por encima de todo entendimiento humano. Allí quiero quedarme, y quiero sin embargo llegar más allá".

Y el muchacho cantará así: "Por mí en ti y por ti en mí. Con gusto contigo, a disgusto lejos de ti"» (LFD I 44, p. 93).

Se trata aquí de un paso más, la constatación de la necesidad de que sea el Señor mismo el que lleve a la persona más allá de sí misma, en una experiencia extática que va del amor al conocimiento y, de éste, al gozo y a un salto más allá del entendimiento. Sin embargo, no es aún la última etapa del encuentro, sino únicamente un "raptó". Le espera todavía lo que Matilde denomina "el lecho de amor", la unión plena, pero esta conlleva un camino de anonadamiento, de vaciamiento, de desnudamiento.

### El camino de vaciamiento para dejarle espacio

Hadewijch de Amberes, por su parte, expresa la necesidad de atravesar una muerte terrible y, al mismo tiempo, magnífica, por la experiencia del Amor. Y la denomina «furor de Amor»:

«Quien del Amor más alto quiere recibir amor,

qué lo busque de buen grado,

y con todo el corazón, con toda el alma, afronte una muerte terrible

si así lo quiere Amor. [...]

El furor de amor es herencia magnífica, y a poco que se entienda no creo que de Amor se desee otra herencia.

Quiénes eran dos tan solo ayer  
serán uno en adelante  
¡creed mi testimonio!

Hace amargo lo que fue dulce  
y cercano al extranjero,  
de lo más pequeño hace lo más noble.

Al fuerte debilita

y da salud al enfermo,  
merma su brío al más robusto  
y cura cualquier herida».

(HADEWIJCH, *Poema XIII* (1999) p. 95-96).

También Margarita Porete alude a la muerte y describe un camino espiral en siete etapas, en las cuales hay tres muertes: la muerte al pecado, a la naturaleza y al espíritu. Y asociada a ellas, hay dos caídas: la de la Razón (señora de las virtudes) en Amor, y la caída de Amor en Nada.<sup>47</sup>

Volviendo a Matilde de Magdeburgo, este proceso aparece como un “despedir a los sentidos” e incluso como una necesidad de desnudarse para poder llegar a la unión con Dios.

### La unión, la comunión con Dios

Transcribimos el texto completo de Matilde de Magdeburgo, que relata el encuentro entre el Alma con una enorme fuerza narrativa:

«Y dice el muchacho [el Señor]: “Doncella, este baile de alabanza os ha salido bien, cumplido»

<sup>47</sup> Cf. la excelente introducción de Blanca Garí a su traducción de MARGARITA PORETE, *El espejo de las almas simples*. Madrid: 2005, p. 22.

réis vuestro deseo con el hijo de la Virgen, pues ahora estáis profundamente cansada. Venid al mediodía a la sombra de la fuente, al lecho del amor, allí os refrescaréis con él”.

Y dice la doncella: “Oh, Señor, es portentoso que tu compañera de amor sea aquella que en sí misma no tiene otro amor que el movido por ti”.

Y el alma dice a los sentidos, que son sus sirvientes: “Ahora estoy un poco cansada del baile, dejadme sola, debo ir a donde pueda refrescarme”.

Y los sentidos le dicen al alma: [...] “Oh noble dama, si llegas allí nos quedaremos completamente ciegos. [...] ¿Cómo podrías tú permanecer allí siquiera una hora?”.

[Alma:] “El pez no puede ahogarse en el agua, el pájaro no puede hundirse en el aire, el oro no puede consumirse en el fuego, pues allí recibe su luz y su fulgor. Dios ha concedido a todas las criaturas el poder vivir según su naturaleza, ¿cómo podría yo entonces oponerme a la mía? Tuve que dejarlo todo para llegar a Dios<sup>48</sup>, que es mi padre por naturaleza, mi hermano por su humanidad, mi esposo por amor y yo soy suya desde siempre. ¿Queréis que no lo sienta con fuerza? Él puede quemar con violencia, pero también refrescar con consuelo. ¡No os aflijáis

<sup>48</sup> Modificamos aquí la traducción de Otero: «Abandonando todas las cosas debería entrar en Dios», porque nuestra traducción nos parece más acertada respecto del texto original en alto alemán medio: *Ich müßte von allen dingen in got gan*, en MECHTHILD VON MAGDEBURG. *Das fließende Licht der Gottheit*. Ed. de Gisela VOLLMANN-PROFE. Frankfurt: 2003, p. 62.

demasiado! Tendréis aún ocasión de instruirme. Cuando regrese me harán buena falta vuestras enseñanzas, pues este mundo está lleno de trampas”.

Así, la Más Amada se dirige hacia el Más Hermoso, al oculto aposento de la Divinidad sin mancha. Allí encuentra el lecho de amor y la escancia de amor, dispuestos por Dios de una forma sobrehumana. Y dice Nuestro Señor: “¡Deteneos, noble alma!”.

“¿Qué ordenas, Señor?”.

“¡Debéis desnudaros!”.

“Señor, ¿qué me va a suceder?”.

“Noble Alma, tu naturaleza está tan unida a la mía, que entre vos y yo no puede ya haber nada. Nunca hubo un ángel tan excelso que le fuese concedido por un instante lo que a vos os he dado eternamente. Por eso debéis despojaros del temor y de la vergüenza y de todas las virtudes externas. Antes bien, debéis sentir eternamente aquellas que por naturaleza lleváis en vuestro interior: es decir, vuestro noble deseo y vuestro anhelo sin fondo<sup>49</sup>. Yo las llenaré eternamente de mi infinita gracia”.

“Señor, ahora ya soy un alma desnuda y tú en ti mismo un Dios hermosamente engalanado. La comunión entre nosotros dos es vida eterna sin muerte”.

Entonces se hace un bienaventurado silencio, como ambos desean. Él se entrega a ella y ella se entrega a él. Lo que ahora sucede lo sabe ella, y por ello me consuelo. Pero esto no puede prolongarse mucho. Cuando dos amantes se en-

<sup>49</sup> Traducción ligeramente modificada.

cuentran a escondidas, con frecuencia deben alejarse el uno del otro sin separarse.

Querido amigo de Dios, te he descrito este camino de amor. ¡Que Dios lo ponga en tu corazón! Amén».

(LFD I 44, p. 93-95).

Aunque en menor medida, también Margarita Porete alude a la unión amorosa para poner en palabras su experiencia de Dios, y lo expresa en forma poética, al final de su *Espejo de las almas simples*. Reproducimos una parte del hermoso poema:

«Amor me ha hecho por su nobleza,  
trovar los versos de esta canción.

Es ésta la Deidad pura

de la que no sabe hablar Razón,

y de un amigo que yo tengo sin madre,

y que ha salido de Dios Padre,

y también de Dios Hijo.

Su nombre es Espíritu Santo,

de quien tengo en el corazón tal unión

que me trae alegría.

[...]

Amigo, me has hecho presa de tu amor

para darme tu gran tesoro,

y ése es el don de ti mismo,

que eres divina bondad.

Corazón no puede expresar estas cosas,

pero el puro nada querer las purifica. [...]

Verdad denuncia a mi corazón

que de uno sólo soy amada,

y dice que sin remisión

Él me ha dado su amor.

Este don mata mi pensamiento  
 con el deleite de su amor,  
 deleite que me ensalza  
 y me transforma por unión  
 en el eterno gozo  
 de ser de divino Amor.

Y divino Amor me dice  
 que ha penetrado en mis entrañas,  
 por ello puede cuanto quiere,  
 esa fuerza me ha dado  
 del Amigo que tengo en amor,  
 a quién me hallo consagrada.  
 Él quiere que le ame  
 y por eso le amaré;

He dicho que le amaré,  
 miento, no soy yo,  
 es él sólo el que me ama a mí:

Él es y yo no soy;  
 y nada más me falta  
 que lo que él quiere  
 y lo que él vale.  
 Él es pleno  
 y de eso me hallo plena,  
 ése es el nudo divino,  
 ese es el amor leal».

(MARGUARITA PORETE, *El espejo de  
 las almas simples* (2005), p. 174-175).

### Un amor que se desborda... en obras

El camino de amor descrito por las beguinas no supone un ensimismamiento. Todo lo contrario: esta experiencia de amor se desborda en acción, en servicio, en apertura a los demás, a los pobres, en urgencia por derramar amor... Así vivieron las

beguinas, y así lo expresan en sus escritos. Por ejemplo, Matilde de Magdeburgo afirma que, aunque sólo seamos «un pequeño recipiente», si está bien dispuesto, Dios lo llena y lo hace desbordar y fluir hacia los demás:

«El gran raudal de amor divino, que nunca se detiene, fluye siempre sin pausa, sin ningún tipo de esfuerzo, en un fluir tan dulce e incansable que nuestro pequeño recipiente se llena y se desborda. Si no lo tapamos con nuestra propia voluntad, nuestro recipiente se desbordará siempre del don de Dios. Señor, eres la abundancia, y nos colmas con tu don. Eres grande y nosotros somos pequeños: ¿cómo seremos semejantes a ti? Señor, tú nos has dado y nosotros a nuestra vez debemos también dar».  
 (LFD VII 55, p. 377).

Matilde aclara que, de este modo, derramando aquello que hemos recibido, se produce una restitución del amor de Dios. En otro lugar, Matilde explica que «el amor más puro de Dios» posee cuatro características: [1] se vive en conformidad con Dios y desde el agradecimiento a Dios de todo lo que nos sucede, excepto el pecado; [2] supone hacer un uso adecuado de los dones recibidos, e [3] implica vivir rectamente, sin pecado y [4] supone haber adquirido todas las virtudes. Y se pregunta: «¿de qué sirven las palabras elevadas sin obras de misericordia?, ¿de qué sirve el amor a Dios si se odia a las buenas personas?» (LFD VI 30, p. 304). Pero es muy consciente de que las obras han de brotar del amor, y no a la inversa: «¡Oh, Amor -exclama Matilde-, no me dejes enfriarme; mis obras están todas muertas si no te siento!» (LFD V 30, p. 255).

Concluimos estas líneas, con sus mismas palabras:

«¡Que Dios nos conceda y nos conserve este amor!» (LFD VI 55, p. 378).

## BIBLIOGRAFÍA

### FUENTES

- MATILDE DE MAGDEBURGO, *La luz que fluye de la Divinidad* (trad. del alemán de Almudena OTERO VILLENA). Barcelona: 2016. (Abreviado como LFD).
- MARGARITA PORETE. *El espejo de las almas simples* (trad. del francés de Blanca GARÍ). Madrid: 2005.
- HADEWIJCH DE AMBERES. *El lenguaje del deseo, poemas de Hadewijch de Amberes* (trad. de María TABUYO). Madrid: 1999.

### LITERATURA COMPLEMENTARIA

- BARA BANCEL, Silvia,  
2015 “La gracia del beso. Libertad y creatividad de las místicas medievales” en PICÓ, Carmen (ed.). *Resistencia y creatividad. Ayer, hoy y mañana de las teologías feministas*. Madrid: 2015, p. 133-159.
- 2016 “Las beguinas y su Regla de los auténticos amantes” en BARA BANCEL, Silvia (ed.). *Mujeres, mística y política. La experiencia de Dios que implica y que complica*. Estella: 2016, p. 51-91.
- 2018 “El beso del cielo según Matilde de Magdeburgo” en GRAÑA CID, María del Mar (ed.). *El cielo: historia y espiritualidad*. Madrid: 2018 (en imprenta).

- CIRLOT, Victoria y GARÍ, Blanca. *La mirada interior. Escritoras místicas y visionarias en la Edad Media*. Barcelona: 1999.
- CHRIST, Karl. «*La règle des fins amans. Eine Beginenregel aus dem Ende des XIII. Jahrhunderts*» en SCHÄDEL, B. y MULERTT, W. (ed.), *Philologische Studien aus dem romanisch-germanischen Kulturkreise*. Halle: 1927, p. 173-213.
- ELM, K. «*Beg(h)inen. I. Gebiete Nördlich der Alpen*» en *Lexikon des Mittelalters* vol. I. Munich: 1980, col. 1799-1800.
- EPINEY-BURGARD, Georgette, y ZUM BRUNN, Emilie. *Mujeres trovadoras de Dios. Una tradición silenciada de la Europa medieval*. Barcelona: 1998.
- HILKA, Alfons. «*Altfranzösische Mystik und Beginentum*», *Zeitschrift für romanische Philologie*, 47, (1927), p. 121-170.
- KEUL, Hildegund. *Matilde de Magdeburgo. Poeta, beguina, mística*. Barcelona: 2016.
- MANSELLI, R. «*Beg(h)inen. II. Südfrankreich, Italien*» en *Lexikon des Mittelalters* vol. I. Munich: 1980, col. 1801-1802.
- LERNER, Robert. *The Heresy of the Free Spirit in the Later Middle Ages*. Berkeley: 1972.
- SIMON, Walter. *Cities of Ladies: Beguine Communities in the Medieval Low Countries, 1200-1565*. Philadelphia: 2001. •
- STABLER MILLER, Tanya. «*What's in a Name? Clerical Representations of Parisian Beguines (1200-1328)*». *Journal of Medieval History*. 33 (2007) p. 60-86.
- VOIGT, Jörg. «*Beginen, Bischöfe und Bettelorden in Strassburg. Zu den sogenannten Strassburger*

*Beginnverfolgungen im 14. Jahrhundert* en MIETH, Dietmar – MÜLLER-SCHAUENBURG, Britta (ed.). *Mystik, Recht und Freiheit. Religiöse Erfahrung und kirchliche Institutionen im Spätmittelalter*. Stuttgart: 2012, p. 51-68.

WEHRLI-JOHNS, Martina. «*Béguinages*» en VAN NIER, Marie-Anne (ed.). *Encyclopédie des Mystiques Rhénans. D'Eckhart à Nicolas de Cues et leur réception*. Paris: 2011, p. 182-188.

## ADRIENNE VON SPEYR: MÍSTICA Y CONVERSA

Nurya Martínez-Gayol Fernández  
Universidad Pontificia de Comillas  
Madrid

La figura que voy a presentar ilumina, sin duda, el tema de esta publicación: *la mística con rostro de mujer*, y se ajusta al objetivo de la cátedra Josefa Segovia: Contribuir a la búsqueda de la relación entre mística y espiritualidad laical.

Se trata en primer lugar de una protagonista olvidada. Voy a introducir a una mujer, que para la mayoría de la gente es una «total desconocida». Aunque en su caso, más que «olvidada», deberíamos decir que ha tratado de ser buscada «ocultada». La razón posiblemente la podamos encontrar en que se trata de una presencia «molesta, inquietante que se ajusta muy difícilmente a ningún patrón».

Rompedora, en algunas facetas de su vida, y tremendamente tradicional en otras, la figura de Adrienne von Speyr se particulariza, además, por un dato curioso, que la hace aún más *interesante* y *turbadora*: el hecho de haber recibido gracias de oración, visiones, apariciones, «viajes» en los que era transportada a lugares de sufrimiento y dificultad, carismas de curación, estigmas, y la participación en